

REFLEXIONES SOBRE LA SITUACION DE NUESTRA IGLESIA EN LA HORA ACTUAL

Este documento ha sido elaborado y aprobado en las reuniones de reflexión realizadas en el Seminario Metropolitano, durante los días 8, 9 y 11 de mayo, por el Presbiterio, numerosos militantes laicos y religiosas de la Arquidiócesis de Asunción, conjuntamente con el Señor Arzobispo, Mons. Ismael Rolón.

Se trata de un documento base, que no agota el tema y servirá para futuras reflexiones.

1. Una vez más, como en repetidas ocasiones, la conciencia cristiana de nuestro pueblo ha sido hondamente lastimada con un hecho público de singular injuria.

El P. José Caravias que ejercía su ministerio sacerdotal en Piribebuy, Diócesis de Caacupé, ha sido arbitraria y violentamente secuestrado y expulsado fuera del país, el día viernes cinco de mayo.

Hechos de esta naturaleza constituyen una grave afrenta a toda la ciudadanía y exigen de una conciencia sana, la más enérgica protesta. El silencio o la indiferencia implicarían complicidad e irresponsable pérdida de los valores morales.

Movidos por este cargo de conciencia, más de un centenar de sacerdotes, acompañados por el Señor Arzobispo y numerosos militantes laicos y religiosas de la Arquidiócesis, nos hemos reunido en varios días de reflexión con el objeto de analizar los hechos a la luz de la fe cristiana y trazar para nuestra Iglesia, la más evangélica pauta de conducta.

No es necesario hacer mayor esfuerzo para caer en la cuenta de que este suceso lamentable perpetrado en la persona de un sacerdote no es sino parte de un largo proceso de arbitrariedad y violencia, y no se lo puede comprender en su volumen real fuera del contexto socio-político en que vive la Patria y camina nuestra Iglesia.

2. El análisis de la situación actual nos pone en presencia de dos mundos bien diferenciados, que se definen y se configuran de un modo cada vez más neto, a medida que pasa el tiempo. Enfrentamos, por una parte, a un sistema socio-político autoritario y violento, que, asentado en la fuerza y en el artificio de la propaganda, se alza en provecho de un escaso porcentaje de privilegiados y es opresor de los derechos ciudadanos más elementales. Vivimos, por otra parte, el despertar lento pero ascendente, de una Iglesia hondamente renovada en cuyo seno "la acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presenta claramente como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio" (Sínodo de los Obispos. La justicia en el mundo, Roma 1971).

Afirmaciones de tanta gravedad como las que acabamos de hacer sobre el sistema socio-político vigente, solo pueden expresarse si vienen fundamentadas sobre razones bien sólidas, fáciles de comprobación para todo ciudadano sensato.

La voz de la Iglesia jerárquica se ha alzado varias veces en este último decenio denunciando la presente situación con claridad y firmeza crecientes. De esa denuncia reiterada de la Iglesia, extraemos los hechos más significativos:

1. Nos hallamos frente a un régimen de gobierno que se ha vuelto cada vez más absorbente. Acrecienta su poder día a día, y con frecuencia ejerce su autoridad de manera arbitraria y opresiva.

2. Se restringe la libre y espontánea expresión de la opinión pública, monopolizando los medios de comunicación social: prensa, radio, televisión, y controlando correos y teléfonos. La limitada permisión que se concede a ciertos órganos de publicidad, no sirve sino para disimular la verdadera situación de fondo.

3. De manera inflexible se discrimina a la ciudadanía por razones de índole política. Sólo una devota sumisión al régimen capacita para la provisión de empleos y cargos públicos. Con amplio favoritismo partidario se otorgan los créditos bancarios y las becas de estudio. No puede extrañarnos, por consiguiente, que mientras unas pocas empresas obtienen pingües ganancias, la gran mayoría se halla al borde de la quiebra.

4. Se permite y se ampara la corrupción administrativa, como el contrabando y el soborno. De vez en cuando unas ligeras campañas de represión no traen otro efecto sino podar las ramas para que las raíces y troncos puedan medrar mejor. Nada digamos del tráfico de drogas que ya es noticia de primera plana y escándalo internacional.

5. Hay un éxodo constante de profesionales, obreros y campesinos, que se ven obligados a buscar pan, seguridad y libertad en tierra extraña.

6. El autoritarismo arbitrario y el culto a la personalidad han creado en la vida pública todo un sistema inhibitorio. La ciudadanía se despersonaliza, y hasta hombres de cultura y gravitación social, hipotecan su dignidad y toman posturas serviles. En cambio, a los ciudadanos de conciencia viril, insobornable y crítica se los margina, se los reduce al silencio y son tenidos por tontos.

7. Sigue sin solución de continuidad, a pesar de tantas protestas, la inicua situación de tantos presos políticos

que, sin proceso alguno, padecen largos años de prisión y sufren horribles padecimientos.

8. Como pocas veces en nuestra historia, y acaso nunca, la vida y el ministerio de la Iglesia católica se obstaculiza, se persigue y se vilipendia.

9. En muchas localidades del interior, se prohíben las reuniones religiosas e incluso las de índole litúrgica.

10. Son perseguidos y amenazados los sacerdotes, religiosas y laicos comprometidos en la promoción integral del campesinado. Se pretende acallar todo espíritu crítico y se considera subversiva la concientización en las exigencias de la fe.

11. Este régimen ha expulsado del país, arbitraria y violentamente, sin los menores visos de legalidad y decoro, a varios sacerdotes y laicos comprometidos en la pastoral de la Iglesia y en la promoción de nuestro pueblo.

12. Este régimen es responsable de la prisión y cruel tortura de un sacerdote extranjero y de la infame agresión contra un Obispo y un Sacerdote uruguayos en el Aeropuerto Internacional.

13. Hay una campaña organizada de difamaciones y calumnias contra Obispos, Religiosas y Sacerdotes desacreditando su moralidad y calificándolos de subversivos o comunistas por el solo hecho de preocuparse de los pobres y denunciar la injusticia. En cambio se hace apoyo discriminatorio y se otorgan muchas facilidades a ciertos miembros de la Iglesia que lastimosamente son obsecuentes al régimen.

14. Con evidente abuso del sentimiento creyente de nuestro pueblo la propaganda oficial utiliza ciertos actos religiosos con fines políticos y pretende erigir al régimen en defensor de la verdadera fe cristiana.

15. Sistemáticamente se desconoce y se menosprecia la autoridad de los Obispos, no se contesta a sus reclamaciones y protestas y se bloquea todo diálogo con ellos.

16. Sistemáticamente se interfiere el magisterio pastoral de los Obispos y se tergiversan sus legítimas disposiciones de gobierno eclesial.

Estas y otras muchas razones que podríamos añadir configuran de manera bien clara la situación de un régimen arbitrario y prepotente que avasalla derechos fundamentales de la persona humana y persigue a la Iglesia servidora del pueblo.

Continuar llamando cristiano a un régimen político de esta naturaleza y conducta, sería una grave ofensa al Evangelio y un antisigno para nuestra religión.

Reconocemos y encomiamos los esfuerzos reales que se hacen en orden a crear y promover ciertos medios de infraestructura para el desarrollo nacional, como son: caminos, escuelas, electrificación. Pero no bastan esos esfuerzos, ni el slogan de la "paz" que se declama noche y día, para absolverlo en el tribunal de la historia, del despilfarro y la corrupción de nuestra herencia moral.

3. Frente a este sistema socio-político cuyos caracteres más salientes acabamos de señalar, va naciendo y va creciendo una Iglesia de rostro nuevo que en estos últimos diez años ha tomado conciencia de su misterio y su misión en el mundo. Podríamos decir que el Concilio Vaticano II (1962-65) ha sido el acontecimiento fundacional de esta renovación profunda que la Iglesia de Cristo comienza a vivir en nuestros días.

Esta Iglesia de rostro nuevo, se siente a sí misma como enviada por Cristo *para ser un sacramento de fraternidad en medio de los hombres* (Lumen Gentium 1; 9, 3; 48,2; Gaudium et Spes 45,1) y *para actuar como "signo de la liberación total de los hombres"* (CEP. La misión de nuestra Iglesia hoy, 1969). "Es dimensión constitutiva de la misión de la Iglesia la redención del género humano y la liberación de toda situación opresiva" acaban de afirmar los Obispos del mundo reunidos en el último Sínodo (La justicia en el mundo, 1971).

Esta misión incanjeable de la Iglesia de ser signo eficaz de la liberación humana, lleva consigo el ineludible y leal compromiso con el hombre concreto, que peregrina y lucha aquí y ahora; implica un compromiso prioritario con los pobres y marginados de nuestra tierra. Digamos ésto con palabras del Concilio: "Cristo fue enviado por el Padre a evangelizar a los pobres y levantar los oprimidos" (S. Lucas 4,18) "para buscar y salvar lo que estaba perdido" (S. Lucas 19,10); así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo" (Lumen Gentium 8,3).

Por eso la Iglesia, fiel a su misión, no puede callar frente a las injusticias con que los poderes del mundo oprimen la vida y las conciencias. La denuncia profética, clara y firme, a tiempo y a destiempo (2. Timoteo 4,2) constituye su misma razón de ser. Y si por influjo nefasto de este mundo el espíritu de servicio y la justicia de la Iglesia no van más allá de la justicia de los escribas y fariseos, ya no sirve para otra cosa sino para ser tirada afuera y ser pisoteada por los hombres" (S. Mateo 5,13).

En consecuencia, no es nada extraño que esta Iglesia de rostro nuevo, se haya vuelto con tanto empeño pastoral hacia los más pobres y marginados de nuestra Patria como son los campesinos o los presos políticos; ni ya puede sorprendernos que con tanta claridad y audacia haya denunciado las injusticias y los excesos de poder.

A través de muchas dificultades y por encima de sus propias deficiencias la Iglesia de Cristo en nuestra Patria procura acrecentar esta conciencia de servicio, y paso a paso se va liberando de no pocas ataduras y compromisos bastardos. "A la Iglesia toca hacer presentes y como visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado con la continua renovación y purificación propias bajo la guía del Espíritu Santo" (Gaudium et Spes 21,5).

Es esta Iglesia de rostro nuevo, concientizada por el Espíritu Santo, a través del Concilio, los Documentos de Medellín y el Magisterio unánime de nuestro Episcopado, que ha renovado su pensamiento y su acción volviéndose disfuncional para este sistema.

Así lo ha expresado con singular acierto el mismo Papa *Paulo VI* en oportunidad de la presentación de credenciales del actual Embajador Paraguayo ante la Santa Sede. Decí el Papa en esa ocasión: "La Iglesia, bajo la guía de sus Pastores, realiza también hoy en su país, y desea realizar cada día con mayor entusiasmo, su característica misión de servicio a los individuos y a los diversos grupos sociales. Con la predicación clara y actual del Evangelio y con sus obras de promoción social y de caridad, ella quiere ser siempre fiel al mandato divino que ha recibido, germen de progreso espiritual, humano, símbolo e impulso de los más altos valores de amor, comprensión y libertad, a la vez que propugnadora infatigable de un mundo nuevo más justo y solidario".

Como anteriormente decíamos, el análisis de la situación actual nos pone en presencia de dos mundos bien diferenciados: un sistema socio-político arbitrario y opresivo y una Iglesia de Cristo que va madurando en la toma de conciencia de su misión liberadora, tornándose necesariamente disfuncional para el sistema. Las persecuciones que la Iglesia sufre son signos de su autenticidad evangélica.

4. Examinados los hechos y la situación en que se ubican hemos asumido conscientemente una actitud. Sinceramente juzgamos que es la que corresponde a nuestra vocación cristiana y sacerdotal. Y es también la que el Espíritu nos ha sugerido como la que mejor define y sintetiza un compromiso de servicio hacia nuestro pueblo. Esa actitud la formulamos así: Solidaridad y comunión con la Iglesia en su opción pastoral y en sus esfuerzos concretos de compromiso con los pobres.

Hemos hecho un esfuerzo sereno y entendemos que nuestra actitud no se explica por un simple reflejo de de-

fensa o una instintiva reacción de cuerpo. Para nosotros el Padre *Caravias* es un hermano y sólo uno más de los muchos que sufren las injusticias del sistema. De ahí que nuestra postura sea de solidaridad meditada y comunión profunda con la Iglesia. Con esta Iglesia que en Medellín hiciera una opción pastoral nítida, y quiere ser "Evangelizadora de los Pobres y solidaria con ellos" (Doc. Pobreza N° 8) y para quienes busca "el verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas, a condiciones más humanas" (*Populorum Progressio*, N° 20).

A la luz de la fe y de la Palabra de Dios hemos tomado una actitud y la hemos querido traducir en algunos hechos concretos a raíz de las consultas que se nos hicieron sobre los Oficios Litúrgicos del 14 y 15 de mayo y sobre la participación de los Colegios Religiosos en los actos de los mismos días.

Una postura teórica, no puede ser testimonio. Un gesto intemperante y alocado tampoco. Por eso hemos querido dar pasos concretos que expresan nuestra solidaridad con tantos hermanos nuestros que sufren, para que se vea que los riesgos son inevitables y las alternativas claras. Asumimos esos riesgos y elegimos la alternativa que nos coloca junto a los que tienen menos y sufren más.

Por otra parte no creemos que una profundización en nuestra opción pastoral y comunión eclesial sea impedimento para el diálogo. Por el contrario, lo favorece y beneficia. Una postura clara y coherente es el mejor aporte que podemos brindar al diálogo entre la Iglesia y el poder constituido, en el que creemos cuando se realiza con sinceridad y auténtico espíritu de humildad. Ratificamos, pues, nuestro anhelo de tal contacto y conversación, franca, y serena, sin ambigüedades ni prejuicios, desarrollada en clima de verdadera y efectiva búsqueda del bien común y sin condicionamientos que traicionen valores superiores.

5. A esta misma luz de la fe y conscientes de formar parte de la Iglesia peregrina que necesita continuamente purificarse y convertirse, hemos comprobado también reali-

dades menos positivas en la Iglesia, que con claridad expresamos y con sinceridad deploramos.

Nos duele comprobar la falta de mayor concientización en algunos miembros de la Iglesia y la confianza que se pone en medios meramente humanos, de donde resultan enfrentamientos de mentalidades diferentes y temores a los riesgos que toda opción pastoral evangélica implica. Y nos duele sobremanera, la instrumentalización, por parte del régimen, de algunos miembros de la Iglesia (Sacerdotes, Religiosas, Laicos), que con su actuación quiebran la unidad de la Iglesia y causan desconcierto y confusión en muchos fieles.

Pero estas realidades menos luminosas no nos hacen perder de vista el admirable testimonio de otros muchos miembros de la Iglesia, como no nos impiden amar a todos en el Señor, con cristiano y sincero afecto.

6. Finalmente hemos reflexionado sobre el camino que tenemos por delante. Comprendemos que es largo y difícil. Por eso mismo hemos coincidido en formular nuestro propósito de realizar una tarea permanente de crecimiento y profundización en la opción pastoral. Nunca debemos permanecer seguros y tranquilos en una postura determinada. "La misión del presbítero, en efecto, exige una cultura encarnada y dinámica, constantemente actualizada y profundizada, que no se reduzca a un mero cultivo intelectual" (Doc. Sacerdotes N° 26). El sentido dinámico de nuestro compromiso nos mueve a buscar esa profundización y crecimiento en tres tareas concretas:

a) Un claro compromiso de vida y testimonio personal. Pues los mejores proyectos y las más lúcidas reflexiones no serán suficientes para reemplazar el esfuerzo de todos y cada uno de los miembros de la Iglesia por encarnar en sí mismos los valores evangélicos. Y particularmente los agentes de la pastoral, debemos ofrecer a todos los hombres un testimonio diáfano de una profunda y permanente vida de fe, de pobreza evangélica, de humilde espíritu de servicio.

b) Un plan de acción a corto y a largo plazo, que exige una reflexión permanente sobre la realidad nacional y sobre la misión de la Iglesia en la hora actual. Esto supone un diálogo franco y amplio de todas las tendencias que existen hoy en nuestra Iglesia y su revisión y crítica a la luz del Evangelio y del Magisterio. Así mismo supone un espíritu de disciplina en los Sacerdotes, Religiosos/as y Laicos comprometidos, de tal manera que la acción pastoral sea coherente con la opción de la Jerarquía y aparezca ante todos, nuestra unidad profunda y sincera.

c) Una revisión audaz y una acomodación inteligente de las estructuras y planes pastorales. Con espíritu sereno pero con valentía y coraje, queremos revisar nuestras estructuras (Parroquias, Vicarías, etc.) e Instituciones (Colegios, Universidad, etc.). Sin dejarnos llevar por imprudentes apresuramientos pero sin caer tampoco en conformismos rutinarios. Entendemos que la opción efectuada es un desafío a nuestra caridad pastoral y a nuestro espíritu de iniciativa. Serán necesarias experiencias no exentas de riesgos y dificultades. Será necesario un esfuerzo de imaginación de nuevos moldes y nuevos caminos. Será necesario, sobre todo, poner nuestra confianza no sólo en los medios humanos, sino en la perenne vitalidad del Evangelio.

7. Hemos buscado presentar un resumen de nuestra reflexión. Queremos terminar recordando las palabras dichas en la última parte de la Jornada: No salimos después de haber elaborado un recetario triunfalista, que nos asegure éxitos y nos libre de toda inquietud. Hemos reflexionado mucho, y el Espíritu no nos ha sugerido fórmulas definitivas. El paso de la libertad es lento y penoso. Y la Iglesia es de hombres libres. Por eso, con gozo y humildad vamos de vuelta a nuestras bases, a vivir y a hacer lo que en estos días hemos esbozado. Nos espera una tarea dura, que con espíritu de sacrificio y mucha confianza en Dios, hemos de realizar.

EL PRESBITERIO DE LA ARQUIDIOCESIS

Asunción, 15 de mayo de 1972